

DON QUIJOTE Y LA EXPERIENCIA DEL VIAJE

SOFÍA M. CARRIZO RUEDA
Universidad Católica Argentina
CONICET

Don Quijote es en nuestro imaginario, un hombre del camino.

Estamos acostumbrados a evocar su desgarbada figura, a lomos de Rocinante y acompañado por Sancho, andando por vías solitarias, en las que quizá a lo lejos, apenas se perfila un molino. De las innumerables imágenes que los ilustradores de la novela han ido plasmando a través de los siglos, es esta representación la que ha calado más hondamente en el público, al punto de convertirse en una especie de figura simbólica que reúne los elementos fundamentales de la novela.

La crítica no ha cesado de indagar acerca de varios de estos elementos, como las relaciones sustanciales entre el caballero y su escudero, la estampa bizarra -opuesta y complementaria- de cada uno de ellos, e incluso, las características del caballo de uno y del asno del otro. Sin embargo, no ha dado la debida importancia a la riquísima significación de ese mudo escenario en el que el protagonista y su acompañante aparecen situados. Entiendo no obstante, que no serían los personajes que se van configurando a lo largo de la novela, si sus aventuras no fueran el resultado de una marcha continua por ese camino al que siempre terminan volviendo.

Pienso que tenemos que comenzar por preguntarnos si la atracción que la salida a los caminos ejerce sobre el hidalgo, se reduce al deseo de convertirse en caballero andante o hay algo más.

EVOLUCIÓN DEL PERSONAJE ENTRE LA I Y LA II PARTE

El análisis de una serie de rasgos con los que Cervantes va construyendo la individualidad de su personaje, proporciona a mi juicio, un conjunto de elementos que revelan una personalidad para la cual, ya antes de enloquecer, salir a recorrer el mundo se había ido convirtiendo en un sueño insatisfecho.

Recordemos en primer lugar, que a pesar de sus cincuenta años - muchos para la época- D. Quijote no responde en la descripción de los primeros renglones de la obra, a la imagen de alguien achacoso. Es un “gran madrugador y amigo de la caza” (I, I) (1999: 36) lo que connota un físico aún vigoroso.¹ Y más adelante aparecerán además, rasgos que sus contemporáneos identificaban con una muy buena salud, como haber conservado completa e intacta la dentadura.² Se trata pues de un hombre en el que todavía bulle la energía vital -la misma que le permitirá soportar luego tan duras andanzas-. Y sin embargo, que al mismo tiempo, dada su edad, no puede ignorar que no tardará en perderla.

Estas características corporales aparecen animadas en el personaje por una inteligencia vivaz, permanentemente ocupada en ampliar sus conocimientos. Antes que a los libros de caballerías, se había dedicado a las más variadas lecturas, como lo demostrarán sus discursos y el escrutinio que el cura y el barbero hacen de su biblioteca. Y asegura el narrador: “El era algo curioso y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas” (II, XXIII) (1999: 832). Un capítulo más adelante será el mismo D. Quijote quien declare: “el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho” (II, XXV) (1999: 842).³ Ambas citas aluden por lo tanto, a un rasgo del hidalgo que consiste en un fuerte deseo de aprender, pero que no se agota en lo libresco sino que necesita de la complementación que deriva de las propias experiencias. Comple-

¹ Utilizo la edición dirigida por F. Rico (1999).

² “[...] ni en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído, ni comido de neguijón [...]” (I, XVIII) (1999: 198).

³ Se trata de un aforismo citado otras veces por Cervantes.

mentación bien explicitada en los cuatro verbos: *leer, andar, ver y saber*.

Este hombre se ha visto atraído por añadidura, desde su juventud, por el histrionismo y el colorido del teatro. Esto queda de manifiesto en el encuentro con los comediantes: “Andad con Dios, buena gente y haced vuestra fiesta, y mirad si mandáis algo en que pueda seros de provecho que lo haré con buen ánimo y buen talante porque desde mochacho fui aficionado a la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula” (II, XI) (1999: 714-715).

Sin embargo, su vida por lo que sabemos, ha estado muy lejos de las variadas experiencias que puede brindar la realidad, así como de aquellas emociones exaltadas por la comedia. Su existencia es la de un hidalgo rural, pobre y digno, hecha de pequeñas rutinas, rodeado de un reducido círculo aldeano y con muchos tiempos muertos, “[...] los ratos que estaba ocioso -que eran los más del año-[...]” (I, I) (1999: 37). Para peor, en mitad de este ocio obligado, Alonso Quijano ve el eclipse del pasado guerrero de los suyos a través de “unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón” (I, I) (1999: 41).

Pero quizá el elemento más importante de esta mezcla potencialmente explosiva es que la concepción de la vida que tiene el personaje, consiste en una tensión permanente hacia aquello que al cabo, le dará un sentido. La monotonía de su existencia pueblerina, sin otro objeto que sobrevivir, es lo opuesto a las preocupaciones por “el aumento de su honra” y “el servicio de su república” (I, I) (1999: 40), normas de conducta a las que manifestará fidelidad a lo largo de la novela. Y más allá del matiz paródico implicado en que las utilice como respaldo de su delirante decisión de hacerse caballero andante, reaparecen también en los discursos que pronuncia en momentos de cordura. Aspiraciones que coinciden con las que según el pensamiento humanístico, conforman la vida del varón digno.⁴

⁴ Bizzilli cita al respecto, las ideas de Giordano Bruno: “A un espíritu lúcido y elevado se une la innata necesidad de actividad que aguijonea el amor a la justicia, a la divinidad, a la verdad, a la gloria. Aquellos hombres hablan y obran, no como

Deseos de conocer el mundo de primera mano, el entusiasmo juvenil -aún no apagado- ante las ilusiones que crea el teatro, energía vital todavía no vencida por la edad aunque ya amenazada por el declive, contraste de la vida activa y aventurera de sus mayores con la chatura de la suya, la búsqueda de un sentido que deje justificado su paso por esta tierra.

A mi juicio, ante todos estos elementos cabe legítimamente preguntarse: ¿cuánto pesaron tantos y tales estímulos previos para que las novelas de caballerías pudieran determinarlo finalmente, a lanzarse a los caminos? ¿Solo ellas lo enloquecieron o Cervantes supo construir un personaje que cargaba con un pasado poco satisfactorio, y que no podía soportar la presión de tantos sueños sofocados?⁵.

Una complejidad incompatible con cualquier intento de lectura unívoca es en este caso como en tantos otros, el acicate que nos incita a seguir interrogando las páginas del *Quijote*.

Continuaré pues indagando las consecuencias de asumir la perspectiva que propongo.

Don Quijote ha sido identificado sobre todo desde el romanticismo, con el hombre cuyos ideales fracasan y consecuentemente solo le queda morir.

Sin embargo, si consideramos que la necesidad de vivir las experiencias que puede depararle recorrer el mundo, también es una necesidad impresa en el personaje, el balance final resulta bastante más matizado.⁶

recipientes o instrumentos, sino como artífices que trabajan cerámica. [...]. Tienen el sentimiento de su propia dignidad” (Bizzilli 1935: 94).

⁵ Me he ocupado en otra oportunidad, de la construcción del personaje y de los signos de su locura como resultado del desajuste con circunstancias temporales, espaciales y sociales; pero que no son actos que impliquen la locura *per se* (Carrizo Rueda 2004-2005).

⁶ En otro trabajo, me he referido a que la complejidad de la obra llega a incluir un auténtico triunfo de D. Quijote en el episodio de las bodas de Camacho, acorde con la evolución del personaje y su reencuentro con aspectos nucleares de su personalidad. Pero este triunfo no ha sido señalado por la crítica, volcada desde el siglo XIX hacia un prototipo de “el gran fracasado” (Carrizo Rueda 2005-2006: 150-151).

A mi entender, este “D. Quijote viajero” -cuyos rasgos se entrecruzan con los del demente decidido a restablecer la caballería andante-, representa la antigua tradición del viaje como mediación hacia la sabiduría.

Dicha tradición se encuentra presente en numerosos textos de la literatura española muy anteriores a Cervantes.

En el siglo XIII, en el *Libro de Apolonio*, el rey Apolonio de Tiro manifiesta “teníame por torpe e por menoscabado/ porque por muchas tierras non había andado” (125 cd).⁷ No obstante, en mitad de sus viajes, durante una crisis, el rey se arrepiente de haber abandonado su hogar y su familia. Es entonces que un pescador -figura que evoca simbólicamente a San Pedro, “pescador de almas”- le recuerda que las aventuras favorables y desfavorables son el medio para que los hombres alcancen la verdadera sabiduría.⁸ El viaje aparece así como necesario para la formación de la personalidad del rey, pero no en el sentido que él creía en cuanto a sumar más conocimientos, sino como experiencia insoslayable para acercarse a la complejidad y los enigmas del mundo.

En varios textos de la prosa didáctica medieval, se subraya la significación que asumen los hechos vividos a lo largo de un itinerario como fuentes de enseñanzas relativas a los hombres y al mundo, y que resultan de este modo, tanto o más relevantes que los propósitos del viaje en sí. Es lo que ocurre por ejemplo, en el cuento de “El religioso robado”, narrado en el capítulo III de una obra clave de la literatura sapiencial como *Calila e Dimna* (Haro 1993: 66). Lo que toca entonces averiguar es hasta qué punto, un proceso de tales características es apreciable en el personaje de D. Quijote.

Considero significativo que el aforismo ya citado, “el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho”, es pronunciado por D.

⁷ Utilizo la edición de Alvar (1991).

⁸ Los que las aventuras quisieron ensayar,/a las vezes perder, a las vezes ganar,/por muchos de trabajos hobieron de pasar,/quequier que les avenga, hanlo de endurar./ Nunca sabrién los homnes que' eran auenturas/ si non probassen pérdidas o muchas majaduras/ cuando han passado por muelles e por duras/ después s' tornan maestros e cren las escripturas (135-136).

Quijote en un momento de la segunda parte de la obra, caracterizado porque introduce aspectos novedosos en la conducta del protagonista. Piskunova ha señalado por ejemplo, la paciencia que demuestra ante los atrevimientos de Sancho y el hecho de que por primera vez, no confunde una venta con un castillo (1999: v. c., 153).⁹ Pero este proceder pacífico y discreto se complementa además, con otros comportamientos que resultan absolutamente inéditos.

Uno de ellas es su actitud ante el dinero.

En el capítulo XXVI de la II parte, D. Quijote se dispone con presteza a pagar los destrozos que ha causado en el retablo de Maese Pedro, lo cual empareja este capítulo con otro cercano, el XXIX, donde el hidalgo se aviene a resarcir a los pescadores por el barco supuestamente encantado que ha quedado deshecho entre los molinos de agua. Como señala Mancing, la buena voluntad para pagar por lo que rompe es un rasgo propio de la segunda parte de la novela que jamás aparece en la primera (1999: v.c., 162).

Pero lo económico también se manifiesta en el capítulo XXVIII, cuando amo y criado hacen cuentas sobre el salario de éste. D. Quijote reconoce con justicia y buena disposición todos los derechos de Sancho, aún el deseo de marcharse sin más. Y si el hidalgo reacciona enfurecido y le echa en cara que esas no eran las relaciones de los caballeros andantes con sus escuderos es por la indignación que finalmente le produce la codicia sin límites de su compañero de aventuras. Hay reconciliación y nada cambiará por el momento, pero evidentemente estamos muy lejos del capítulo III de la primera parte, donde el hidalgo declara al ventero que nunca había leído nada relativo a relación alguna de los caballeros andantes con el dinero (1999: 56).

La cuestión económica ya se manifiesta en el capítulo XXII de esta segunda parte, a través de los consejos que da D. Quijote al recién casado Basilio acerca de que “el mayor contrario que el amor tiene es la hambre y la continua necesidad”, y le recomienda por lo tanto, “que atendiese a granjear hacienda por medios lícitos e industriosos” (1999, 809).

⁹ Utilizo la abreviatura “v. c.” para referirme al Volumen Complementario de la edición de 1999.

Las referencias a la “necesidad” reaparecen insólitamente en el capítulo siguiente, el XXIII, pues se instalan en el relato que hace D. Quijote de lo acaecido en la mágica cueva de Montesinos. Sostiene que Dulcinea, presa allí por un encantamiento, le mandó a pedir un préstamo de seis reales, y que a su pregunta acerca de si era posible que los encantados padecieran apuros económicos, Montesinos le respondió: “Créame vuestra merced, señor Don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adondequiera se usa y por todo se estiende y a todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona [...]” (II, XXIII) (1999, 827). El pedido del préstamo y sobre todo que sea hecho sobre una prenda de ropa interior, ha sido diversamente interpretado por varios autores (1999, 522, v.c.). En líneas generales, como señala Rodríguez Puértolas, es uno de los muchos aspectos paródicos del episodio (1989: 52). Pero desde el punto de vista de la construcción del personaje, resulta significativo a mi juicio, su presencia dentro del relato sobre lo que el hidalgo supuestamente vio y escuchó en la misteriosa cueva. Haya sido producto de un sueño o de su fantasía, lo cierto es que parece revelar que en las profundidades psíquicas del personaje, la preocupación por lo crematístico se entreveraba con las fábulas idealizadas. Un psicólogo de nuestro tiempo diría “que el sujeto se estaba permitiendo dejarla aflorar”, y no me parece extraño que la penetración de Cervantes para captar los casos humanos, hubiera reflejado esa heterogénea mezcla de cavilaciones como propia de esta nueva etapa de la vida del hidalgo¹⁰.

En el capítulo siguiente, el XXIV, continúan las referencias a la “necesidad” a través de las palabras del paje, quien deja bien en claro que es lo único que lo empuja a la guerra. Hay que subrayar que todo el discurso que le endilga D. Quijote acerca del heroísmo del soldado, no tiene nada que ver con quimeras caballerescas sino con el debate sobre

¹⁰ Para Redondo (1981), el descenso a la cueva de Montesinos, en el capítulo XXIII de la II parte, conforma un “viaje iniciático” y a él se deben los cambios en la conducta de D. Quijote. Pero yo considero que dichos cambios ya aparecen dos capítulos antes, en el XXI, y que el episodio de la cueva es una de las etapas de un largo viaje que abarca también las tres salidas de la aldea, la navegación en el barco encantado y el vuelo en Clavileño.

las armas y las letras como alternativas profesionales, y que el hidalgo expresa su satisfacción ante la posibilidad de que el estado pague pensiones a soldados viejos o baldados (II, XXVIII) (1999: 834-835).

En síntesis, el reconocimiento de las funciones ineludibles del dinero dentro de la vida social constituye un eje que recorre distintos carriles de los capítulos XXII, XXIII, XXIV, XXVI, XVIII y XXIX de la segunda parte, no solo a través de las palabras del personaje sino también de algunas de sus conductas, como avenirse a pagar los destrozos que ha causado o los servicios recibidos del criado.

En otro orden de cosas, hay también en el capítulo XXV, un hecho insólito que no han dejado de destacar algunos críticos. Es cuando D. Quijote ayuda al hombre que ha prometido contarle “maravillas”, a ahechar la cebada y a limpiar el pesebre para la cabalgadura (II, XXV), (1999: 836). ¿Acaso D. Quijote está en esos momentos volviendo poco a poco, a ser el que fue? Al efecto me pregunto si un hidalgo rural y pobre como él lo había sido, con “un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera”(I, I), (1999: 36), no se habría visto obligado en alguna ocasión a cumplir tales menesteres con su caballo. O por lo menos, las había presenciado muy frecuentemente como parte de su sencilla y austera existencia.

Puede apreciarse pues en estos capítulos que estamos revisando, la presencia de ciertos ejes configurados por una serie de actitudes del protagonista que parecen acercarse cada vez más, a algo que podemos llamar genéricamente “la realidad”. Si bien D. Quijote sigue padeciendo algunas alucinaciones y actuando en consecuencia, se encuentra en mejores condiciones para no quedar prisionero de ellas. Hay una “mejora” que se pone de manifiesto en la adquisición de cierta dosis de paciencia, en un acercamiento a problemas reales y concretos como el del dinero y en comportamientos cercanos a su pasada vida de hidalgo rural, lejos de la continua autoidealización.

Pero por sobre todo, tal “mejora” implica a mi juicio, que D. Quijote ya no es el mismo que fue antes de enloquecer.

Aquel hidalgo con una vida cercenada por las estrecheces económicas y la rutina pueblerina, que pudo caer seducido por sueños de omnipotencia, ahora es capaz de afirmar después de la aventura del barco encantado: “Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y

trazas, contrarias una de otras. Yo no puedo más” (II, XXIX), (1999: 873-874).

Mi conclusión es que si puede percibirse una “mejora” del protagonista conjugada con una “maduración”, a través de las diversas andanzas, es porque en su construcción ha intervenido la antigua tradición del viaje como experiencia sapiencial.

Entiendo que puede trazarse un paralelo entre D. Quijote y el rey Apolonio. Ambos se lanzan a recorrer el mundo porque además de otras inquietudes, los “fatigaban deseos de saber cosas nuevas”. El rey cree haber cometido una “gran locura” al alejarse de sus parientes, actitud que todos atribuyen a D. Quijote. Sin embargo, los viajes de ambos, más allá de las opiniones y deseos de los demás y aún de sus propios protagonistas, terminan convirtiéndose en fuentes de un saber que no se encuentra en los libros sino en la interacción con las más diversas gentes y con un orden o desorden de las cosas que pueden llamarse azar o designios providenciales.

El hidalgo manchego fallece pronto y no puede desarrollar, de vuelta en casa, una existencia acorde con el aprendizaje adquirido, como si lo hará el rey de Tiro. Pero hay que subrayar que D. Quijote tiene, de acuerdo con las aspiraciones del viejo proverbio castellano, “poco mal y buena muerte”, rodeado de todos sus afectos y dejando arreglados tanto los asuntos terrenales como los espirituales.

Considero en definitiva, que los avatares del camino cumplen una función medular en la novela cervantina que consiste en ofrecerse al protagonista para que cumpla con aspectos postergados de su trayectoria vital, y alcance a través de ellos, una nueva dimensión personal que le permite matizar la tristeza de sus fracasos con una serena mirada sobre las cosas del mundo, las personas y también, sobre sí mismo.

Pero si por una parte, Cervantes recoge antiguas tradiciones acerca del viaje, como la dimensión sapiencial, al mismo tiempo, abre nuevas posibilidades para la consideración y el tratamiento del tema, que se proyectarán en lo que llamamos la modernidad.

CERVANTES Y UNA NUEVA MIRADA SOBRE EL VIAJE

Veremos en primer lugar, la creciente valoración del hecho de viajar en sí, independientemente de las distancias recorridas y de la extrañeza de las regiones visitadas.

Los viajeros medievales y los contemporáneos de Cervantes consideraban que los viajes realmente capaces de transformarse en fuentes de conocimiento y en formadores del carácter, eran los que se desarrollaban por tierras lejanas. Y mejor aún, si éstas resultaban muy distintas de aquella en la que residía el viajero. Recorrer largas distancias y conocer sitios que revelaran la enorme diversidad del mundo fueron recomendaciones que muchos autores repitieron a lo largo de aquellos siglos.

Pero Cervantes da una torsión a estos conceptos, y el viaje dilatado en apariencia que realiza su protagonista, se desarrolla por sitios tan prosaicos y relativamente cercanos a sus lectores como El Toboso o el Campo de Montiel.

D. Quijote y Sancho recorren las rutas familiares de la España contemporánea. Posiblemente, la intención primigenia de Cervantes fue el paródico contraste entre ellas y las tierras exóticas y quiméricas de los libros de caballerías. Sin embargo, más allá de las alucinaciones del caballero, hemos visto que puede atribuirse a este viaje una dimensión sapiencial. Molinos, ventas, rebaños, aldeas, palacios, Barcelona con el puerto y la imprenta, cómicos de la legua, eclesiásticos, campesinos, bandidos, burgueses, grandes señores, ríos, lagunas y la funesta playa de Barcino. Todo se transforma en un friso del más variado itinerario que imaginarse pueda, y lo más importante, en un espejo del mundo donde el hidalgo pueda llevar a cabo aspectos transformadores de su trayectoria vital.

Cervantes no sospechaba que su novela resultaría precursora de una actitud ante el viaje que caracteriza a los siglos posteriores: la progresiva atención hacia los mundos próximos al espacio donde se desarrolla habitualmente la vida del viajero, y el valor de detener la mirada sobre sus aspectos comunes y cotidianos (Carrizo Rueda 2003-2005).

La posibilidad de que los espacios más o menos cercanos y prosaicos ofrezcan poderes formadores y transformadores como los que se atribuían solamente a las tierras más alejadas y exóticas, es una convicción que terminará por consolidarse. Y casi tres siglos después de las andanzas de Alonso Quijano, para la generación del '98, el viaje por el propio país -incluso por sus regiones más relegadas- es un imperativo encaminado al necesario reencuentro con una historia y una identidad.

El ejemplo más significativo es el de Azorín, quien hará precisamente un peregrinaje por las tierras de D. Quijote. Y en sus periplos por aldeas empobrecidas se detendrá en objetos tan pequeños y humildes como la alcuza, la escudilla o un jergón relleno de hojas de maíz. Sus descripciones sin embargo, se teñirán de una dignidad y de una empatía entrañable que no dudo en llamar “cervantinas” (Azorín 1947).

Casi medio siglo después, el ejemplo de los viajeros del '98 seguía representando una herramienta para tratar de conjurar el “dolor de España”. Ahora, tras la terrible experiencia de la guerra civil. Y el mejor discípulo de Azorín y sus contemporáneos será Camilo José Cela quien con su *Viaje a la Alcarria*, va a buscar claves existenciales y señales de esperanza en pueblos como Taracena, “un pueblo de adobes, un pueblo de color gris claro, ceniciento, un pueblo que parece cubierto de polvo, de un polvo finísimo, delicado, como el de los libros que llevan varios años durmiendo en la estantería sin que nadie los toque, sin que nadie los moleste” (1978: 41).

Una vez más, es una mirada atenta y hondamente sensible como la que Cervantes supo echar sobre las humildes tierras manchegas.

Pero si buscáramos un hilo sutil por encima de las diferencias, que sirviera para relacionar los textos medievales sobre países lejanos y desconocidos, la novela de Cervantes y los recorridos en el siglo XX por la España de Azorín y Cela, nos encontraríamos con un hecho decisivo. Se trata de que en todos ellos como en muchos otros textos, el relato de un viaje no solo hace traspasar las fronteras físicas sino también y sobre todo, las mentales, al revelar nuevas dimensiones de la existencia. No importa a qué distancia se hallen de la residencia del viajero ni el grado de sus diferencias respecto a lo que él considera “común”. Lo que

cuenta son las inquietudes y tensiones profundas que entran en juego durante sus desplazamientos.¹¹

Es la concepción del viaje como apertura hacia la lectura de los signos del mundo.

EL VIAJE EN LA CONSTITUCIÓN DE LA NOVELA MODERNA

Un discurso de tal tipo, por lo tanto, no puede menos que presentar zonas ambiguas, contradicciones y enigmas sin solución. Es un discurso necesariamente polifónico del que resulta sin duda, la irrupción de variadas perspectivas. Irrupción que en la novela cervantina se resuelve a través de sus tan famosas interpolaciones. Historias o pequeños sucesos ajenos al protagonista, o que lo involucran solo en parte, o que forman parte de los discursos de terceros, se presentan con una frecuencia que precisamente, solo podemos encontrar antes de Cervantes, en los libros de memorias de famosos trotamundos, como el andaluz Pero Tafur (Carrizo Rueda 1997: 168-170).

D. Quijote y Sancho realizan un viaje corriente y moliente por la España de fines del siglo XVI y principios del XVII, pero en última instancia, lo que recorren es un espejo del mundo y de todas sus complejidades, de sus “máquinas y trazas, contrarias una de otras”, como declarará el propio protagonista. Y éste aspecto estructural de la novela, inseparable de las mencionadas interpolaciones, influirá con el tiempo, en la conformación de la novela moderna (Carrizo Rueda 1997: 168-177).

Es en el siglo XIX cuando la historia del singular hidalgo alcanza a ocupar su sitio de referente universal. Ya en los primeros años de la centuria, los hermanos Schlegel colocaron la novela de Cervantes en el centro de su teoría literaria. Y aunque rastrear la influencia del *Quijote* en la floración novelística que se da en la literatura decimonónica, constituye una tarea verdaderamente ímproba, puede señalarse un punto

¹¹ Me he ocupado de este tema en un estudio teórico sobre el género “relato de viajes” (Carrizo Rueda 1997).

crucial en el conjunto que es la definición de Stendhal: “Una novela es un espejo que uno pasea a lo largo de un camino”.

El viaje de D. Quijote será el paradigma de muchos autores del siglo XIX que aspiran a plasmar totalidades discursivas flexibles, capaces de incorporar a su unidad una variada polifonía que refleje a la sociedad. Para citar un solo ejemplo pero en el cual la intertextualidad cervantina constituye un permanente guiño al lector, quiero recordar las *Aventuras de Pickwick* de Dickens. El protagonista también recorre incansablemente un espejo de los hombres y del mundo que son los caminos, los sitios rurales y las ciudades de su Inglaterra victoriana, mientras numerosas interpolaciones van variando y matizando las perspectivas.

Volvamos entonces a la imagen que mencionábamos al principio, la del caballero y el escudero que marchan paso a paso, por un camino. Mi conclusión es que éste no constituye un escenario neutro y soslayable, sino que como todo elemento que forma parte de una imagen que ha devenido simbólica, encierra valores cuya significación es preciso analizar. En este caso, considero que llega a configurar el espacio necesario para que el hidalgo viva las experiencias que su vida aún necesitaba para transformarse.¹² Pero también, como tantos elementos de la obra de Cervantes, participará de procesos culturales como el de la nueva valoración de los sitios cercanos y comunes. Y asimismo, influirá en el florecimiento de un recurso literario como el del viaje revelador de los intrincados laberintos sociales, que intervino tan eficazmente en el surgimiento de la novela moderna.

¹² También tendrá repercusiones significativas en Sancho, quien como Don Quijote, verá aflorar aspectos de su personalidad que en su vida habitual nunca se hubieran desarrollado. El tratamiento del tema presenta variadas facetas que requieren un trabajo centrado en ellas.